

GONZALO ROJAS

## Mueran las piscinas

*Los verdaderos veranos son con muchachas de ébano y marfil  
como en los días de Apollinaire, altitas, delgaditas, pero no  
/ exangües como  
las anoréxicas de hoy, uno que otro pétalo por  
lomo en el frescor, una rama  
flexible por tostadísima pierna, cada rodilla un hueso  
nutricio y elegante y, ya abajo, los dos tobillos de yegua  
transparente al pie de los árboles, los árboles  
exigen tierra, ellos son tierra, lo demás  
son unas señoras que pastan en unos prados de  
cemento urbanizado, mueran  
las piscinas.*

# Vidrio

*Amaneció vidrio, la inglesa  
que me escribió llorando esa carta  
en ese idioma que no es, es  
vidrio, la percanta a-  
noréxica y todo sin cuya risa  
no hay Mundo es vidrio, Buenos Aires con  
y sin Borges vidrio, el aguacero  
sobre el techo de vidrio  
vidrio, uno que otro  
catre donde duermen dos es vidrio, más  
claro: vidria ella, el  
vidrio, irreparablemente vidrio. En cuanto  
a la fecha 23 de este junio lloviendo: vidrio,  
desasosiegamente finyidor. ©*


A Fernando Pessoa

Fingidor en lusitano, léase *finyidor*.

## Réquiem por Manuel Boado

Enseguida hubo acuerdo entre nosotros cuando Acosta propuso, en la funeraria, que viniésemos a pie. Así fue, Manuel Boado. Y ahora vemos calles adelante, callados, sudando bajo un sol rabioso, unos cuantos amigos y compañeros que de veras y de muy hondo sentimos tu definitivo alejamiento. Esta caminata tras del ataúd que te lleva y la triste fragancia de las flores, me dan para cavilar. Cuando un hombre deja de ser, cuando llega a esta zona oscura y sin mañana, brotan los recuerdos como una lucecita en la noche. Y una vida entera va apareciendo como en unas briznas luminosas; va definiéndose en el fugaz relámpago de una conducta. Tal es lo que pienso, Manuel Boado, hombre de limpio andar, de clara trayectoria, mientras escucho nuestros pasos en el asfalto y dejo atrás las huidizas sombras de las moreras y las esquinas pobladas de niños que nos miran poniendo una mano abierta sobre la frente a modo de visera. Niños con el mismo asombro de aquellos, hoy hombres, que nos miraban sin sospechar que la vida (la de ellos y la de todos nosotros, y tal vez la de muchos millones de seres) estaba pendiente del hilo de las horas. Y tú, Manuel Boado, dispuesto a morir en esta segunda tierra, tuya ya para siempre; dispuesto a arder en el gran incendio atómico, por algo trascendente, que es como decir por esta realidad que forma parte de la nueva piel de la historia del mundo. Fue allí, en aquel octubre del sesentidós, en que te conocí de verdad. En la mañana llegó a la fábrica nuestro enlace de la milicia y nos movilizamos enseguida yendo a la casa del Batallón; de allí salimos para el litoral de Alamar, con los camiones repletos de ametralladoras, munición de reserva, metralletas, y un FAL cada uno, automático y con cuatro cargadores. Después, cada compañía en su puesto, cavando trincheras sin parar, haciendo refugios y amontonando sacos de arena. Y todo bajo una lluvia

persistente, con la ropa empapada y en las hamacas un nailon para taparnos. Tú eras el «viejo», el veterano de la guerra del treinta y seis; nos trasladabas tu experiencia de combatiente, y yo, orgulloso de que fuésemos paisanos, decía que en la fábrica también, obrero ejemplar, abriendo siempre la mano de tu sabiduría como un verdadero padre. Un padre que ahora llevamos por estas calles de sol hacia el cementerio... La muerte es eso, Manuel Boado: estremecedora y sencilla. La tuviste cerca muchas veces. Todavía recuerdo aquella noche, en la trinchera, tras una ametralladora calibre 7.92, y nosotros hablando de la cabronada de Kennedy, con su bloqueo naval alrededor de Cuba. Contaste algo de tu peripecia. No querías hablar de eso pero tanto te tiramos de la lengua que... Estabas en la batalla de Teruel, en la zona republicana, claro. Bajo una tormenta de fuego tus manos disparaban con el arma del compañero muerto, y al amanecer caíste tú, con las dos piernas heridas. Te evacuaron muchas horas después, cuando llegó la noche, pero los guerrilleros perdieron el rumbo, se encontraron con dos patrullas enemigas y el error les costó la vida. Solo, sin poder caminar, perdidas las fuerzas, aterido de frío te arrastraste sobre la nieve hasta llegar a las aguas heladas del Alfambra. Con la vida en un hilo recordabas a los combatientes muertos, e ibas repitiendo sus nombres con amargura; recordabas al comisario Medina, al teniente Aguilar, al capitán Manzanares; recordabas a todos aquellos a los que tuvieron que cortarles los pies congelados. Recordabas a Miguel Hernández, el poeta; y a Líster, el recio paisano que mandaba la oncenava División. Sólo una gran voluntad y el recuerdo de los compañeros podía sostener tu aliento. Años después, el libro de Boris Polevoi, con la historia del piloto Meresiev que había perdido ambas piernas y pudo zafarse de los alemanes, te trajo cierta comparación. De eso hablabas, sencillamente. Y cuando, ya en Francia, lograste huir de un campo de concentración... Y nosotros escuchando, admirados porque no habíamos estado en ninguna guerra. Esa, la del otoño del sesentidós, sería la nuestra, la de casi todos nosotros, algo asombrados cuando nos dijiste que estábamos posiblemente en el cogollo, en el mismo centro de la tercera guerra mundial. Una guerra con bombas atómicas, veinte, treinta, noventa veces más potentes que las que pulverizaron Hiroshima y Nagasaki. Y de poco valdrían las zanjas que abríamos sin sosiego, empapados, gimiendo tras cada golpe de pico en tierra viva de la orilla del mar; de poco valdrían los vallados y los sacos de arena. Pero había que seguir, no perder tiempo. Seguir cavando, abriendo trincheras, aunque llegasen a convertirse en la sepultura de todos nosotros. Y tú, el «viejo», dándonos aliento, yendo y viniendo sobre la cojera que heredaste en Teruel. Tú, el veterano, dispuesto a dar la vida en esta orilla, en esta tierra, ya tuya, repitiendo la frase de Raúl: «atrás, ni para coger impulso». Dispuesto a lo que viniese, leyendo los comunicados de Fidel; levantando el puño ante los cinco puntos propuestos por Cuba; llamándole de cuanto hay a Kennedy. Y cuando las cosas volvieron a su cauce y fuimos desmovilizados, era de ver cómo nos abrazabas a todos y nos decías que deberíamos mantener las armas engrasadas pues la lucha era larga y el enemigo fuerte. «Así me gusta, paisano», me dijiste por lo bajo, con una sonrisa llena de emoción; y mientras desenganchábamos las hamacas me hablabas de solidaridad y de internacionalismo, y de los cubanos que habían caído, veinticinco años atrás, en el frente republicano... Todo eso y más voy recordando mientras camino rumbo al cementerio, entre amigos y compañeros, bajo un sol rabioso, que nos derrite e ilumina a todos, siguiendo el ataúd que te lleva...

Descansa en paz, Manuel Boado. 

Traducción del gallego por el autor

## Efectos laterales de los trópicos\*

Diario del reverendo Reginald Pirinius (*anno domini* 1723)

DÍA 1: Anoche avistamos tierra. Al alba rogué al honorable señor Peckwood que reuniera la tripulación en el castillo de proa para elevar un himno de agradecimiento. A veces pienso que la evangelización debería comenzar por los peones de a bordo, Dios me perdone. Aunque humilde, encontré el modo de hacerles saber que he vivido entre gentes de alcurnia, que he sido preceptor en casa de un hidalgo de Northumberland; pero estas noticias no han hecho mella en espíritus tan bastos. Entre el señor Peckwood y yo ha quedado restituida cierta amistad y borraré de mi memoria aquellas palabras de *endeble lechuguino* que le oí durante la terrible tormenta. Dios ha dispuesto en mí su Designio y lo cumpliré en estas tierras ignotas para mayor gloria de Su Nombre. A pesar de todo, creo que la tripulación ha quedado impresionada con mi determinación.

DÍA 2: Para mi regocijo a la tarde aparecieron los primeros naturales que hemos visto en estas islas adornadas doquier por grupos de palmas. Visiblemente sorprendidos por el tamaño de nuestro bergantín, dieron voces un largo rato, luego, en completo silencio, hicieron girar sus canoas varias veces alrededor del barco. Desde la borda, abriéndome paso entre los rudos marineros, me esforcé por medio de gritos y de gestos en investigar si tienen alguna idea de un Ser Divino, pero no obtuve signos claros. Horas más tarde, inesperadamente, unos cuantos hombres del todo desnudos y muy fornidos treparon a bordo. A pesar de la inquietud del señor Peckwood –los naturales traían arpones–, insistí en pronunciar La Palabra Divina y leí de viva voz un capítulo de las Sagradas Escrituras. Quedaron atónitos y prestaron la mayor atención mirándome de arriba abajo, con sorpresa en sus primitivos rostros. Uno de ellos avanzó hacia mí. Peckwood tomó mi brazo como para apartarme.

\* De «Caballeros antiguos», parte tercera del libro inédito *Del día y de la noche*.

Me desasí con firmeza y permanecí en mi puesto. El natural se acercó más y puso su oreja sobre el Libro Santo pues parecía creer que era de allí de donde provenía mi voz o que el libro hablaba. Se generalizó gran gritería y me rodearon. Continué leyendo y se calmaron al momento, para repetir, cada vez que me detenía, ese extraño concierto de voces. Cayó el sol y mis fuerzas flaqueaban. El señor Peckwood mandó que me alcanzaran un jarro con agua. Casi a la medianoche abandonaron el barco. He quedado con la voz atiplada, pero tomo lo ocurrido como un Signo Promisorio. Los nativos son incansables en su deseo de oír La Palabra de Dios.

DÍA 3: Los naturales van completamente desnudos y son en todo lampiños. Asimismo las mujeres no conocen el pudor. El calor es sofocante. Algunos jovencitos son de lo más graciosos, de cuerpos esbeltos. El capitán mandó armar campamento en tierra. Serruchamos árboles, lo que los divierte enormemente. Ríen como los europeos, sólo que van del todo desnudos y algunos de ellos se doblan sobre las rodillas golpeándose las reiteradamente mientras nos miran serruchar. Lo que más les ha llamado la atención, además del Libro Sagrado, es el serrucho.

DÍA 4: En la playa, me acerqué amistosamente a un nativo joven y de buen porte completamente desnudo. Se quedó tieso realizando extraños gestos que al principio no comprendí. Luego creí entender que eran gestos como de pelar un ave, tal vez referidos a nuestras barbas. A mi vez enarbolé la Biblia con la intención de leerle unos versículos. De inmediato y como si hubiera visto algo de espanto, desapareció tras una colina. ¿Qué nos deparará el destino en medio de estas tierras donde resuena por primera vez La Palabra del Señor? El calor no cesa. No he vuelto a ver a esos graciosos jovencitos. Todos van desnudos.

DÍA 5: Los naturales se muestran caprichosos como niños malcriados. Dada la orden del señor Peckwood, debí despojarme de mi chaqueta y zapatos y ofrecérselos a un aborigen poco agraciado que durante todo el día me estuvo siguiendo doquier yo iba. Y hasta se atrevió a propinarme unos manotones con el propósito de palpar mis ropas mientras hablaba en su jerga incomprensible.

DÍA 10: Por momentos, mi ánimo decae. Esta gente es salvaje y desasistida de todo sentido común. Roban, aunque el señor Peckwood insista en que no saben lo que esa palabra significa. Roban flejes, clavos, botones. Los botones poseen para estos pobres seres un atractivo irresistible. La única chaqueta de que dispongo ahora ha quedado sin un solo alfiler y ningún botón y ya no recuperaré mi sombrero. Sería necesario que estos naturales comprendieran a un tiempo orden y religión, pero de día y de noche van completamente desnudos y hay que ver qué buenos cuerpos tienen, qué armoniosos y fornidos. Para ganarme su confianza, sobre todo la del muchachito tan gracioso y gentil que volvió a aparecer por cubierta con unos amiguitos, les mostré algunas chucherías que su puerilidad eleva a magnificencia.


DÍA 15: Prosiguen nuestros acercamientos amistosos y han dado sus frutos. El calor abochorna y me veo en la obligación de andar sin camisa y en calzón corto. Estas gentes no conocen reglas ni maneras. Si se encuentran reunidos a bordo en su cansador pedido de chucherías y uno de ellos siente el apremio de hacer sus necesidades menores lo hace de inmediato, incluso sobre el otro si es que el que se encuentra cerca no se aleja, como me sucedió. Ponen más empeño en obtener cabos de velas que chupan con fruición cual si fueran golosinas, que en aprender La Palabra Divina que incansablemente trato de inculcarles. Algunos marinos andan levantiscos por el impudor de las mujeres que muestran

todos los flancos completamente desnudos como si no conocieran el pecado. Igual que hombres y jovencitos que van sin el más mínimo atuendo. Sólo los hombres mayores llevan un pequeño taparrabos. Estos naturales son muy complacientes, especialmente las nativas. Anoche, una chalupa abandonó el barco y volvió de madrugada en medio de gran algazara. Atisbé desde cubierta e intenté hablarles, inculcarles el buen sentido y el temor a perderse, pero la gente de mar es soez y todos estaban ebrios.

DÍA 17: He observado gestos de lascivia en el señor Peckwood destinados a las nativas que lo alientan con su indolencia. Debo consignar estos desórdenes que se propagan a bordo más temibles que el fuego. Ayer noche, sin poder dormir a causa del calor y una inquietud que no sé bien a qué atribuir, salí a cubierta a refrescarme con la brisa nocturna. No lo hubiera hecho. Ciertos rumores extraños dirigieron mis pasos hacia el castillo de popa, donde tropecé, en medio de la oscuridad, con unos cuerpos entremezclados al abrigo del pañol entre los que creí entrever las piernas de unas mujeres. Inicé de inmediato unas palabras condenatorias de toda concupiscencia, haciendo un llamado a observar los mandamientos del Señor so pena de condenarse en el infierno. Las frases salían a borbotones de mi ardiente pecho mientras trataba de atisbar los cuerpos. Pero estos indecentes marinos sólo insistían en que me retirara, profiriendo chistidos y palabras que no oso repetir. No lo consentí y permanecí fiel a mi misión, en el puesto que me ha sido asignado en este barco.

DÍA 19: La tripulación se muestra distendida y solazada e insiste en quedarse por estas tierras. Debo decir que me disgusta la idea. Hoy subieron a cubierta mujeres y niños, también algunos jovencitos, todos desnudos, entre ellos aquel apuesto muchachito de unos catorce o quince años a quien he bautizado Patroclo por su belleza, con quien me gustaría quedarme ya que me mira con confianza. Las mujeres no son del todo feas, bastantes redondeadas y lampiñas. Peckwood pasa las tardes con dos o tres de ellas encerrado en su camarote. Señalo a los marineros que la lujuria es pecado mortal. El calor sofoca en estas tierras y enciende la carne con pensamientos malsanos. Mandé a mi muchachito a que me echara baldes de agua de mar.

DÍA 26: Patroclo es inteligente y muy amistoso y hoy ha traído a un amiguito de largas pestañas todo desnudo. Me siguen como mi sombra y su devoción hacia mí es conmovedora. Han insistido en frotarme el cuerpo con un ungüento aromático de nombre gracioso: coco. Les he enseñado algunas palabras en nuestra lengua que aprenden con facilidad. Al de las pestañas he decidido llamarlo como el ungüento: Coco; son ahora mis dos protegidos: Coco y Patroclo. El campamento no avanza, dado el calor. Esperamos tranquilos la estación de las lluvias. El señor me perdone, hace ya veinte días que llevo solamente el calzón corto.

DÍA 30: Ha pasado la estación de las lluvias y, ayudados por el buen tiempo, los hombres se han dado a construir pequeñas cabañas cerca de la playa. Tienen algo gracioso con sus techos de palma. El señor Peckwood dice que mejor esperar hasta que el tiempo se asiente. El señor Peckwood ha desechado, al parecer definitivamente, sus vestidos anteriores y su atuendo es ahora el minúsculo taparrabos que usan los nativos; va coronado de una guirnalda que las nativas trenzan para él y le ponen en la cabeza. Coco y Patroclo me suplican que hagamos nuestra propia cabaña en la playa y también quieren coronarme. Tal vez les dé el gusto. Parece que no puedo negarles nada a estos robustos muchachitos de parejos encantos. Se me ha hecho costumbre la friega de coco que practican a dúo. Sí, tal vez les dé el gusto de la cabaña, tal vez no sea una mala idea. Al menos mientras el tiempo se asienta y el señor Peckwood decida cuándo zarpar. 

---

CARLOS ENRIQUE RUIZ

---

## La tempestuosa...

*...Serenidad de los bosques  
acoge palabras de incendio  
y vierte sobre la tierra el llanto  
sin recuperación posible de la esperanza  
Entretanto se curten los soles  
y las madrugadas claman por la vida  
El tiempo pasa y las aves merodean  
en los cinturones de nube  
sin encontrar asilo en los predios  
de los alcaravanes  
La soledad tiene temperatura de glaciación*

## He oído...

*...La súplica del viento  
y en su intimidad proclama  
el arrojamiento de los sauces  
por aquella sed de mundo  
derramada en sus tallos  
Oí de la súplica del peregrino  
por los caminos sin rumbo  
Y he soñado con delirio*

*en el rugir del viento  
a la puerta de monasterios y de catedrales  
La humildad recorre el sonido apesadumbrado  
de vendavales  
por arboledas y ventanales  
desparramados en la soledad*

## Subraya...

*...**e**n cada palabra el tono de intimidad  
que otros desconocen  
al dejar que aquella fluya  
como la caída de hojas  
en la intemperie de tiempos de angustia  
El subrayado apunta al símbolo  
que desliza el matiz  
por sobre todas las cosas  
en la conducción de voz cantante  
como melodía  
o como simple agujero  
por donde se advierte el son de los colores  
que disfrazan la esencia **C***

## Réquiem por nadie

*C*ansados del camino  
No hay lugar, ni paz  
Las palabras devoran a sus actos, los niños duermen  
Oremos sin unir las manos y los ojos con sangre  
La tierra abrió su río con manos de hombre  
Las bestias no saben de los frutos  
Alguien consumió cuerpos inocentes  
En medio de rezos, lamentos misereres de aves  
A pesar de frágil inocencia devoraban el aire con sus alas  
Garabatos casi de herejía  
Mientras árboles salvajes lloraron su impotencia:  
Sangre con olor a pobreza. Reflejos del río  
Una llaga en los pies desnudos, por los siglos de los siglos  
Emanaba algo parecido a sangre humana: tristeza  
Ayes desgarraban algo parecido a voces:  
Dejad que los vivos sepulten a sus muertos  
¿Qué haremos con los que aún viven?  
Ficción apocalíptica sorprendida en medio de la selva  
La escritura está ausente, la brisa del invierno anuncia su desgracia  
No tendrán nieve sino en la orilla de su dolor.

Niños y ancianos con escapularios en la mano  
Pretenden la comunión o armas. Anhelan un beso  
O un rayo de luz sobre los ojos  
Traición sin altavoces: la tierra está húmeda y cansada  
La villanía camina sin huaraches  
Se unen las manos a su pasado lo demás no existe, es fatuo  
La masacre no olvida lo que nunca es recordado:  
Confundía la piedad con agonía  
La maleza crece y los asesinos brotan a su lado  
emboscan no sin temor la misa de doce

*La puesta en escena. Mise en scène.  
El Señor duerme en las alturas.*

*Ojos enfurecidos, iracundos casi ciegos, lagrimean  
Llamas oscuras buscan en sacrilegio  
La bendición, el camino a la selva  
Ahogar sus odios, temperar su historia:  
La historia negada a su memoria. Dije de barro  
Ojos que un segundo después serán mil cirios.*

*Un anciano camina entre las yerbas y busca a sus abuelos  
Presiente la orfandad sobre sus escasas barbas  
Su cuerpo oscila en medio de los proyectiles  
No existe contacto  
Arrojan el alma de este mundo.*

*No volverá a pasar, aúlla el viento, gritan los mudos  
Mientras una madre araña impía su vientre  
Y un pequeño sonríe sin malicia  
Primer y último rincón de los sepultureros  
La sonrisa de María no ilumina más a las veredas  
Sus ojos probaron la memoria de los pozos  
Nadie comprendió  
Los colores de la falda: raza sin raza.*

*El valor maternal sin los hijos  
No es sino árbol sin frutos, tierra baldía  
Los ciruelos no brotan en la yerba  
Adiós a los vientres cristalinos  
Quedaremos solos antes que florezca mayo.*

*Crece el llanto  
Como ofensa infinita contra los murmullos  
Y rumores de la selva, transgresión de fronteras  
Y banderas de ornato, colores desteñidos  
Ingenuos los arroyos no saben de sollozos.*

*El lobo, hombre de sus propios corderos  
Silba al viento con coraje:*

A nadie mates mientras duerme o reza  
Si existen corderos no habrá paz en el mundo  
Las orillas están pobladas de caseríos  
Hombres y ovejas perdieron  
Los crucifijos que les dio su madre  
Pero algunos pequeños conservan aún  
La sonrisa ante el mísero llanto  
Juegan con la tierra entre sus manos  
Se la comen, saben que es lo único que tienen  
Por los senderos caminan a la noria  
Un fauno los admira.

Una choza con hiedra en las paredes  
Se precipita amorosa hacia el olvido  
Tal vez, por temor, o cansancio  
Por haber transgredido su destino  
Miles de flores ocultan su vergüenza  
Crece la muerte como hierba muerta  
El aire frío brota entre la sangre:  
Jesús y sus heridas son insuficientes  
Juan permanece de rodillas  
Con la angustia entre sus manos  
Los desvelos se arrinconan temerosos en la noche  
La amnesia selvática se repliega en la corteza arbórea  
Los besuqueos y la memoria son sólo fantasmas.

No volverá a pasar  
Eco demoníaco latente cada vez que sucede  
Puedes esconderte del mundo, caer nunca  
No volverá a pasar –sentencia o amenaza trasnochada–  
Un fusil destroza la palabra  
Unos ojos confunden el silencio con la ceguera  
Música vuelta alarido, no le interesa jugar entre las hojas  
El humano huye de lo bello  
Los héroes no caminan solos por la noche.

¿Cómo escuchar los lamentos de un lugar fuera del mundo?  
Los que no existen no pueden sufrir

*La salvaje selva queda lejos de los reinos de Dios  
Y olvidada del mundo de los hombres.*

*Llegaron vomitando fuego, como hace muchos años  
Como ayer, para muchos: no traían la cruz mataron los rezos  
Dios olvidó a todos los que rezan con los salmos  
Los árboles temblaron frágiles e impotentes  
Un animalillo alcanzó a sumergirse entre la tierra  
Su testimonio sólo lo sabrán los dioses  
Proyectiles sin alma pasaron entre los aleteos de la traición:  
La carne los agredió con su miseria  
Comunión indigente quema nuestra conciencia  
Los asesinos son de roca, excomulgados, no de la ley de Dios  
De otra peor: la de los inocentes.*

*Escapar de la tierra con las mejillas acariciando hierba  
Es fortuna de pocos, no importa la pegajosa sangre:  
El sabor de la sal es más profundo  
La inocencia se halla envuelta en la sangre:  
Su dulzura sólo se compara al néctar sin recuerdos  
Desnudas las miradas y los pies  
Enfrentaron los rostros enemigos  
Algo pasó, jamás lograron verlos:  
Los asesinos no tienen rostro:  
Su mirada los abandonó antes que a los vampiros.*

*No volverá a pasar. Cuidemos todos esa fiera amenaza  
Cuando la voz sea presa del cielo  
Y se escuche cual maldición sin salmos  
Todos cierren las puertas  
Y cuando se recarguen  
Sobre de ellas empapados de miedo  
La lluvia mojará las palabras  
Las enlodará y confundirá: al lado la maleza:  
La selva crecerá y cerrará su alma al mundo  
¿Por qué lloramos a los muertos y no a los que estamos muriendo?*

*Alguien es una semilla muerta  
Que debemos enterrar para que no florezca*

*Y caiga en la pluma de algún bardo de la selva  
 Y la inmole o la vuelva poesía  
 Ojos entre las ramas miran despavoridos  
 El dolor queda sólo entre los dientes  
 La maldad extiende su cobijo  
 Tierno jirón que nadie reconoce  
 Es un lujo, un pecado ¿de la capital? o del infierno  
 Las uñas crecen para extirpar los ojos:  
 Aún no lo sabemos  
 Pero la ceguera es preferible a la ausencia de promesas.*

*Alguien vuelve al silencio  
 –Algunos distraídos y crueles días le negaron los espejos–  
 Alguien vuelve a la selva a ocultarse del mundo  
 Alguien casi nadie  
 Nada quiere saber de aquello que llamamos hombres  
 Alguien quiere una tumba para morir en paz junto a su olvido.*

En el pueblo de Iztacalco, 1999 



UMBERTO PEÑA: libro, 1969.  
 Casa de las Américas



FAYAD JAMÍS: libro, 1968.  
 Ediciones Unión



SANTIAGO ARMADA: libro, 1967.  
 Ediciones Granma



ROBERTO CASANUEVA: libro, 1973.  
 Editorial de Ciencias Sociales

## Museo de cera

*Esta señora, una chusma de barrio,  
tipo la Tota, se acercó cargando  
la bolsa...*

Ex sargento VÍCTOR IBÁÑEZ

La vieja. Cuando la vieja vio a los efectivos militares haciendo control de vehículos en el cruce de las avenidas Constituyentes y General Paz, sin saber qué tipos eran, por puro olfato o recuerdo de su marido difunto es que dijo «ojalá fueran los muchachos de la ESMA», eso cargando la bolsa con el batidor de mayonesa automático de Taiwán recién comprado, y eran esmatiquitos en verdad, uno rubio, por puro respeto digamos lo pensó por quien compartiera cama añares aunque pocas noches tantos los compromisos de él en el arma, en tal caso, no tenía por qué ella preguntarle nada a su difunto esposo y se acercó temblando a decir a los tipos (apretó emocionada la bolsa a las piernas): «Perdón, señores, buenos días, mi marido también era militar...». Ellos la miraron con cara de muerte perfumada a jabones La Toja, no La Tota, «Porque, miren, en mi edificio se reúne siempre gente rara». ¿Raros? Poco común o frecuentes, escasos de su clase o especie, extravagantes de genio, propensos a singularizarse, con poca densidad o pelotudos olímpicos, pensaron los marinos volviéndose a mirar con la desolación de un laboratorio inundado en la facha de la vieja, putrescente, con la bolsita cargando esa caja larga cubierta del atado de remolachas. Tomaron nota del nombre de la vieja y optaron por pasar la encerada aflicción de la «vieja chota» escarnecieron, al Ejército choto para que pierdan otros el tiempo con la excusa legítima de que Villa Martelli estaba fuera de su zona. Llamaron por teléfono a los «pelotudos tanos» que hasta podrían tomar en serio a una trinitaria en la guerra de contrainsurgencia, a una vieja que dice energumenizada por las remolachas «hay algo raro» porque al menos si tuvieran la viveza y sutilidad (¿existe la palabra?) con que ellos, los marinos, son y serán «rubios de origen castellano...» adiestrados en la fragata Libertad. ¿Cómo un rubio puede ser español?, es lo que no se preguntó el capitán Leonetti maldiciendo a los putitos marinos rubiecititos al recibir él esa orden de ir tras la pista a la que sabía una mierda, porque de ser extraordinaria se la quedaban los otros. Estaba claro.

Nadie pierde un negocio. Estaba también de guardia ese mediodía el capitán Leonetti, como ausente en la digestión. Era un duro Leonetti sin otra perspectiva adelante que meter el borceguí en el culo a un país que se debe arreglar de una vez por todas, en el culo del mundo si fuese necesario y en el culo del terror porque la fuerza confiaba en él como un hombre capaz de cualquier cosa aunque tenga dos dedos de frente y, por eso, él sospecha que lo están mandando a acciones de segunda, en Villa Martelli por ejemplo y al mediodía, menos mal que ignorando a la fuente que es una vieja a la que los marinos bautizaron la Tota, por un personaje de la tele y piensa en el chicle Leonetti, lo odia tanto que cruzó a gambazos con borceguíes más de una vez a pendejos mascando chicle en la calle, a «mongólicos» repetía rabiando, supurando, retrasados mentales que mian mian mascan hasta llegar a un conjunto variable de anomalías somáticas, mian mian, haciendo globitos hasta destacar en la cara del pendejo el pliegue cutáneo entre la nariz y el párpado que le da el aspecto de esos seres de raza amarilla, con oblicuidad de ojos incluida por esa mierda del chicle, de allí que el capitán Leonetti ame a sus tres chicos, porque nunca van a mascar esa goma hedionda, van a ser personas normales como su padre y al colgar el teléfono convoca rápido a su patota de redención de cautivos, una célula tabicada como la de los terroristas o sea que un superior sólo conoce al capitán Leonetti y este sólo conoce a sus hombres, porque un grupo de tarea no deja una sola huella aunque está en el derecho de convocar al Ejército y a la Poli enteros si cree que el asunto puede ser un enfrentamiento serio, no es el caso, carne podrida marinera masculla cuando llegan sus trinitarios tres hombres a puto el postre, expresión familiar esta de su viejo que ya los pendejos chicleros no entienden, el esfuerzo que tuvo que hacer el capitán Leonetti para con una doble t tana obtusángula no ser el último sino llegar a capitán, no estar en los postres sino sentado a la mesa dirigiendo a una patota personal cuya única esencia y misterio inefable es mandarse para el lugar infecto del Buenos Aires terroso, plena digestión suya de la milanesa con papas montada a dos huevos fritos como un buen jinete gaucha a un pingo, para cumplir órdenes y renegar con sus hombres a los que le prometió otra vez que si hay una sola sospecha del último subversivo del planeta en este curiosamente soleado mes de julio, afanamos lo que venga, lo que sea, esta es la gran causa patriótica, levantar botín, para eso arriesgamos la vida gruesa nosotros gente del Colegio Militar. Llegan así, con un ánimo litigante hasta el grupo de edificios de mala muerte, escupiendo por la ventanilla, purulentos en el alma porque la siesta es espléndida y el segundo de Leonetti con una curiosa bolsita de oro en polvo, de color rojo parduzco que agita en la mano, un talismán de cuando fusiló a un palestino en una práctica en Israel, obtuvo el premio del cadáver y juega con ella como si se tratara de un puzle mientras viajan, es lo que a Leonetti le rompe las bolas, literalmente lo pone nervioso. Llegan hasta el grupo de edificios terronazos con un Falcon sin patente color café y, sin sospecha alguna de la existencia de la vieja Tota o Chota o Crota o Marmota o las Pelotas, él y su trinidad de tres hombres obvio en proceso todavía de digestión de la milanesa, vestidos de civil con un solcito rioplatense pericial, armados con lo primero que encontraron, fusiles Para –de paracaidistas– que son como los Fal pero con culata rebatible, buscan al portero del edificio de Venezuela 3149, frente al acceso Norte con la avenida General Paz, y el tipo sale con hipo y cara de susto atrasado conduciéndolos como chofer falto de ánimo para tolerar las desgracias y menos para intentar cosas grandes, incluso chicas, mientras los lleva hasta la entrada del departamento del cuarto piso pero quiere esfumarse y Leonetti lo agarra del cogote porque los cuatro ya están en silencio, oyendo. El portero con hipo. Leonetti les hace señas que él tocara el timbre porque aquí no pasa nada, esta es la recta que toca a una curva que no existe. Del otro lado abre la puerta Liliana Delfino, *La Alemana*, de la dirección política del PRT, esposa de Mario Roberto Santucho confiada abre como si estuviera esperando a compañeros, tal vez mareada, como si estuviera esperando a la muerte sin maquillar, incluso abre cansada aunque sea tan joven, como si estuviera esperándose ella, pero tiene reflejos instantáneos y la

vida de todos aferrada a la manija de la puerta, sobre todo de los niños esta siesta de sol, raro en julio, una suerte de día –se estudiaba en el catecismo cuando era chica– donde las almas de los que van a morir en gracia, sin haber hecho en vida penitencia entera por las culpas, satisfacen las deudas con penas propias y ajenas y viajan al goce de la gloria eterna y cierra de un empujón la puerta gritando como si se le enrollara el cable de la gloria al cuello, rotándolo con el grito ¡mili...cooooooos! Con ninguna sospecha que la vieja está oyendo al otro lado el gritazo materno empuñado con la mano cerrada valga la estrechez redundante diría la Tota, un grito como de estocada, desguarnecido y durísimo de forma prismática que, en la boca, se le hincó por presión o percusión y sin maquillaje cierra la puerta de un golpe con su cuerpo de berlinesea, como si comenzara el ataque a una plaza militar, pero Leonetti mete el borceguí contra el chicle en el marco y detiene irregular la puerta con reflejos predigeridos, acostumbrado su borceguí taciturno a no excusarse, a encerrar a presos, a tomar ocupación de una cosa, a engrillar seis años y un día ejecutados en el cielo, a irremediamente defender la civilización contra la goma de mascar por la vida de sus tres hijos que –él no sabe– permanecen sin redimir, irredentistas, como desde esa actitud política de los habitantes de un territorio sin chicle, que propugnan su incorporación a otra nación a la cual se sienten pertenecer porque todos mascan chicle *bazooka*, sospechó desde un comienzo, desde las mujeres que están gritando los niños a la bañadera, Ana entre ellas, Ana María esposa del tano Menna por su pequeño hijo Ramirito y el hijo del vasco Urteaga también, de tres años tan puros, tan limpios los niños de este país ensangrentado, tan corregidos en pasiones y liberados de lo que no se podrán liberar a los gritos, lloran los chicos y los hombres de adentro prefieren no tomar las armas, tampoco hay muchas, una Browning común que a Robi le regalaron en Cuba y una Magnum orgullo del tano Menna que la maneja con izquierda y derecha pero que no está, porque a él acaban de agarrarlo sin que los de la casa sepan en una cita envenenada sobre la estación Lisandro de la Torre, cerca de Villa Martelli y está el número dos del PRT también aquí en la casa, Benito Urteaga, el vasco, que se afeitó los hermosos bigotes que se le antojaban de por lo menos dos mil años, de cuando el radicalismo familiar y él mismo estaban al frente de la Casa Rosada, embanderado para resistir a los militares que pretendían desalojar a mi presidente, al viejito médico, en el año prehistórico del 66 dios mío cuánto pasó por el puente trata de pensar hospitalario, pensarse él defendiendo al viejito médico radical hasta hoy, él, un hotentote lo bautizaría la prensa occidental así como los holandeses llamaron hotentotes a los individuos de una nación indígena que habitó cerca del cabo de Buena Esperanza y todos los libros de cultura, de historia de las civilizaciones, de geografía sería mencionaron científicos alguna vez a los hotentotes sin preguntarse ni remotos cómo carajo ese pueblo se llamó a sí, ¿para qué? si el colonialismo ya los había bautizado hotentotes que, en holandés, a propósito, significa tartamudo porque debían tartamudear los negros al tratar de hablar holandés como a él, Benito Arteaga, lo debía estar llamando la prensa roedor asesino, semejante a una rata de pelaje espeso y suave, leonado, más oscuro por el lomo que por el vientre, él que estuvo en la fundación del errepé y fuera el famoso encarcelado por el asalto a mano armada del Banco Comercial del Norte para, diez meses más tarde, fugarse con diecisiete guerrilleros del penal tucumano de Villa Urquiza mientras para capturarlos fracasaba el cerco policial militar a la provincia entera, y se fugaba también de la cárcel de Rawson para entrar en la Ford a conocer de esos obreros jóvenes, de cómo sienten y los llevó por la Panamericana en marcha gloriosa contra Rodrigo, el ministro de la economía peronista del partido liberal que cayó, que lo tiraron abajo esas marchas de hotentotes hostiles, transformadas las calles en ejército o tropa irregular y se daba principio a la etapa final de la guerra de clases, pensó él después de los milenios en ese año 75 cuando todavía cantaba tangos de la Rinaldi, con esa voz ronca y maleva ella, con pena de bandoneón y todavía se reía, todavía recordaba su casamiento a la vascuence en la calle, plena vereda, a pedido suyo a una viejita transeúnte

casual a posteriori de él darle los anillos a la puerta de la joyería, recién comprados, «yo los declaro marido y mujer» pronunció la viejita sonriendo y él gracias señora es que no podíamos casarnos de otra manera, todavía alegre por lo del ritual cumplido del brazo de ella, la madre de este niño hermoso de tres años que está junto a él con un chupetín, aferrado con la boca al dulce como si su vida y la del padre estuvieran en el chupetín, en esta casa de Villa Martelli con una carita de tornillo de hierro, de los que se usan para el movimiento de las prensas, losange, porque sospecha el chico que a su papá algo no le va, bien, la hebra se tuerce demasiado y el hilado no se devana, se apelonó cuando el segundo después de Robi, un joven metalúrgico, Eliseo Ledesma, fue secuestrado entonces él, Benito Urteaga, el de los bigotes más bellos de la era de los Lennon, que hubiera querido cantar con pena de bandoneón como la Rinaldi si tuviera un fuelle en vez de esta responsabilidad de la vida en un chupetín, porque había quedado al frente de la operación militar decisiva, más grande sobre el Arsenal Viejo Bueno, en Monte Chingolo, para ser precisos la más desastrosa de las operaciones, una masacre por una delación, una situación que debía preverse como la estación de la naturaleza cuando las hierbas se secan y la vida declina, no debía haberse jugado a lo loco en una operación así cuando la partida está colapsando, mirar, analizar antes, tomar los recaudos cuando las calles se entintan de púrpura, darse cuenta de que se otoña y él estuvo al frente y no vio nada, un carajo salvo la depresión personal que siguió a la masacre, encerrados y buscados por los alrededores del cuartel sus hombres como cucarachas con nombre y apellido, porque también había una orden de parias que la Iglesia cerró alguna vez, una suerte de cancerberos parias, de miserables a la vista de la gente, una orden menor que se llamaba ostiaria y producía clérigos cuyas funciones eran abrir y cerrar las iglesias, nada más, llamar a los dignos a tomar la comunión y repeler a los indignos, por eso, de no haber sido tan soberbio él para esta operación debió oficiar de ostiario, aunque hubiese sido repelente y menor y paria, abrir y cerrar el ejército que ya había dejado de ser del pueblo, que había dejado de ser de los jóvenes, que asimismo había dejado de ser de los Lennon con bigotes en cascada hacia el cuello, que había dejado de ser la pieza fija en torno a la que gira el árbol, y dedicado a abrir y cerrar la Iglesia, nada más, llamando a algún digno a que quedara dentro y pensar, por un momento siquiera, que en la retirada se cuelan los indignos y se deprimió tanto, tan en el fondo del corazón como para llorar delante de su chico de tres años, porque si él no era el hijo de Dios hecho hombre, al menos debió ser, pasados dos mil años, un diminuto y execrable ostiario cuando de lo que se trataba es de no comprometer lo que queda de un partido glorioso cuando se emprende una acción militar donde casi era obvio el suicidio, por eso hoy lunes llegó a esta casa al mediodía, porque Robi Santucho no salió como estaba previsto para una reunión con Pernía que abortó, normal, pensó Robi mirando los ojos penitentes, agrietados de Benito, de a poco está recuperándose se dijo, lo oye tararear a lo bandoneón roto por el fuelle, perdiendo el aire, pero le preocupa más algo que no había advertido hasta hoy, que formaron un Buró Político rodeado de niños de jardín de infantes, un edificio o cuartel general de la guerrilla este de la calle Venezuela 3149 rodeado de calesitas, porque además un piso más abajo vivía otro miembro del Buró, Eduardo, Eduardo Merbilhá con su esposa y niños también, si al menos hubiera viejos en el Buró, solteros, misóginos incluso, pero no, dadas las circunstancias del exterminio más bien, los revolucionarios necesitan buscarse, tener un pecho donde radicar la cabeza porque a esta altura bajo las sábanas no se encuentra un sexo sino una mano abierta para cargar el peso extraviado del otro corazón, piensa Robi mirando los ojos tendidos en una cama amplia de Benito en esto llamado Ola, la unificación del Erp de lo que queda de su ejército, con los Montoneros o con lo que queda vivo de ellos después de la muerte absoluta del Padre, huérfanos. Un ejército pírrico de las ideas, en las cárceles y tumbas sin nomenclar, dirigido por un santiagueño que *La Razón* o la prensa entera confundía tucumano, con otro ejército danzando con sílabas breves alrededor del Padre a caballo blanco de pintas negras,

sonriendo con el gorro militar y los galones desde la tumba el jinete y el caballo blanco de pintas negras. Esta unión se llama Ola ¿Ola? ¿no tiene algo a revista española el término acuñado por Firmenich? No lo termina de convencer a Robi el nombre de Organización para la Liberación de Argentina cuando estaban cayendo todos, ¿de qué ola hablamos? ¿se calculó acaso la potencia del enemigo? ¿sus recursos liberados de cualquier traba material?, ¿las reservas ilimitadas del Pentágono detrás?, pero sobre todo ¿qué es la conciencia argentina? ¿cómo se atornilla allí una Ola?, no se vio ni calculó el terror purificado en el cáliz después de consumida la sangre al oír la parte del grito final de La Alemana «¡...licooooooooos!», y quedaría Urtega al frente del partido cuando mañana él parta a La Habana para establecer los contactos desde allá, y descansar, porque tiene los ojos cansados Robi piensa Benito al ver de frente al hombre más fiel a la época, el sucesor del Che en la Argentina eso estaba claro para los ex bigotes de Benito Urteaga, la encarnación del deseo de la revolución y cuando hoy llegó él al mediodía con su hijito de tres años con el chupetín color violeta para terminar de arreglar los asuntos antes que Robi parta con documentos falsos aportados por los montos, enulado el pelo, matizado y caracterizado como para las películas de Hollywood parecía otro, pero es un problema el niño, piensa Robi mirándole la carita, porque un niño debe nadar en la química que estudia las transformaciones de la vida en un paraíso, un niño merece lo que se propone la imaginación como posible no siéndolo, un niño no debe figurar junto a los cuerpos simples que contienen carbono y sangre, tan chiquito ¿y qué pasa si el día menos pensado hay un enfrentamiento?, por eso han decidido que la bañera es el lugar declarado solemnemente como principio elemental para esconderlos en el agua, conferido por la dureza de las paredes del metal enlozado e inclinado a protegerlos si hubiera un enfrentamiento, un problema el niño que no sabe nada pero sospecha todo chupando sin ganas lo vio Robi, como nervioso y viejito, un caramelo que le compró en el kiosco su papá porque ahora se queda Benito al frente del Partido, al frente de los derrotados, al frente de las voces que dicen esto es una locura, al frente de los pulmones que proclaman no queda otra que seguir aguantando unos añitos más el infierno, al frente de las masas que ya no están, de la borrasca con noes y un niño de tres años, al frente del punto de partida lejano de cuya averiguación es desproporcionado encontrar el tiempo en que se estaban dirigiendo sindicatos en Córdoba o cuando se le propuso a Silvio Frondizi que no estaba asesinado todavía fuera el candidato a vicepresidente junto a Tosco que no había muerto todavía y al frente de todas las cuestiones del desbande quedaba Urteaga para acertar en la serenidad, ahora que al sindicalista Salamanca lo secuestraron y cuando las dificultades son de solución dudosa y los disgustos germinan en amarguras por tantos caídos, demasiados caídos al frente de las procesiones revolucionarias, de las ningunas ventajas, de la lucha contra el odio en medio del odio físico, molecular con un chico de tres años que trajo hoy al mediodía Benito sin los bigotes, tarareando nada antes de escuchar ambos el grito que los paralizó un segundo «¡miliicooooooooos...!» la voz de Liliana, la mujer a la que Robi vio hoy a la mañana en los ojos apagada la mecha, y en su cuerpo de canuto apagados los gases que, en otra época, le imprimían un rápido movimiento hacia la altura donde estallaba con estampidos de fuegos artificiales, Liliana la berlinesa de piernas dulces que reemplazó a su primera mujer caída combatiendo en la fuga de Rawson, porque él —que sabe mirar a los ojos y eso lo aprendió en el monte santiagueño— la oyó decir hoy a la mañana «Robi no estoy segura», de qué cosa compañera le preguntó él conforme a los ojos lejanos de ella, confundido con ella, simultáneo a ella, ¿de qué cosa alguien puede no estar seguro cuando la última sílaba de la palabra vida parece desasirse del canto, arrodillada, incompleta, de qué no estaba segura La Alemana, la que siempre había estallado en el aire con estampidos, con las orejas redondas y el vello púbico lacio como de una almohadilla, de qué cosa podía no estar, no coincidir, ahora que partirían los dos a Cuba por decisión de los compañeros, de qué cosa cuando él oyó justo el grito anunciando lo peor de ella, que en este caso explotaba cuando se debía guardar la calma porque

con tres niños, una guardería, es una locura en medio de la retirada, el chico de Benito, el del Tano, el de Ana en el vientre y algún error hubo y ahora, en estas condiciones de jardín Tortuguitas, Cielito Lindo, Pepe Colorete etcétera no puede combatir justamente la dirección del mayor ejército guerrillero reducido a su dirección nada más, no había más, cuando oyó el grito fulminante de ella sobre el picaporte empujado de la puerta contra los «miiiiicooooo...», no hay caso, es el final que se presentía a medias, a media asta, con el asta kilométrica, a medias la linfa y a medias la leche con grasa, el grito a medias es el síntoma de que lo fabuloso no existe más, que la imaginación perdió su fundamento y se perdió en las quimbambas y que la patota entró sin problemas reduciendo a los ocupantes, en particular a uno que no saben quién es, pelo enrulado, que no lleva armas o sea que Santucho no es porque durante años lo buscó el capitán Leonetti como si fuera su sombra, su misión en la vida pequeña y cinco veces estuvo cerca o creyó estar para agarrarlo por las pelotas y no, tendría que estar armado hasta los huevos un tipo así, sin chicos además, calcula Leonetti que tendría que hablar como santiagueño para ser Santucho y lo pone contra la pared como a los otros rápido hijos de puta, las manos en la nuca y las piernas abiertas con el patadón testicular del borceguí suyo que impactó en el blanco de uno que se movió y cayó testicular al piso, el enemigo supósito, porque si se pudiera con una preparación cónica farmacéutica introducirles en el recto («¡que paren de llorar esos chicos mierda!»), vagina o uretra un preparado que al fundirse con el calor del cuerpo dejara en libertad a la muerte, lo hacía más fácil todo. El capitán Leonetti se pone la pistola en la cintura para palpar a los subversivos mientras la vieja sigue con el oído excitado al otro lado recomponiendo su obra, es que acertó, son gente mala, perversa, capaz que una secta umbanda que cría a los niños para ofrecerles la sangre a un fetiche tal que cuando Leonetti se puso la pistola a la cintura para revisar a este de rulos, que mira como reuniendo informaciones, preceptos, doctrinas aparecidas por separado, como si tuviera la misión vital de compilarlas, desarmado porque lo suyo –no lo sabe Leonetti– es el pensamiento de Lenin y Canal Feijoo y Fidel, de Dostoievsky, Agosti y Martínez Estrada, de Milcíades Peña y de Luxemburgo y las artes marciales es lo suyo por eso gira el cuerpo y con una toma desde los brazos aferra el cuello del capitán, le quita la pistola y dispara a quemarropa sobre Leonetti que cae muerto con los ojos detenidos en un pedacito de chicle pegado en el zócalo en el que se había distraído unos segundos, un chicle hijo de puta pegado en un zócalo de madera, un chicle que procedía en lugar o tiempo, una contrariedad hija de puta, debería haber penas de cárcel por lo del chicle se descuidó pensando mientras moría con el estruendo de su propia pistola, estallido que a la patota de tres enloquece de pánico y furia y noches supuradas con locas baratas y whisky del bueno, por eso, instantáneos, retroceden hasta la animalidad para, escuchados por la Tota del otro lado, ametrallar a todos pimpan pon papapa mientras unos se tiran al suelo, otro por la ventana cae en una terracita del segundo piso para romperse las dos piernas, es que los huesos no resisten la sustancia blanca, volátil, venenosa, soluble en sudor que es la mala suerte. El ruido de la muerte es largo. Astillado. Excesivo. Patológico. El sargento Víctor Ibáñez, un pobre tipo que cree en la fuerza y está al otro lado de la ciudad, de guardia sobre la radio, cuando oye a la patota gritar auxilio, que les manden hijos de puta autos, camiones, tropas, cañones, desde Campo de Mayo las envían pero la vieja se ha escondido en un placard porque los ayes pueden fundir el mineral, un jarroncito de hierro, cada una de las quinientas partes en que se divide un todo y es un despropósito el tallo de algún cuerpo femenino que se destroza por la mitad, porque sobre estas hojas de macumba ya advirtió la vieja una vez a su marido difunto del demonio, que ahora quedó al otro lado de su pared como despidiendo pedos por la boca el diablo, no su marido, alargando los labios un poco abiertos se figura la vieja y de Campo de Mayo mandan tropas, especialistas pagados con los créditos internacionales que se vuelven con tres prisioneros aquí, al Campito, al centro de operaciones exterminadoras, metido atrás, como en el recto de la guarnición,

escondido con golpes pequeños y repetidos que se dan sobre la vida, imitando un son. En otro auto llega el matador del capitán, herido y en la boca tres palabras cubiertas de bilis, embarradas de humores «sangro, lucho, pervivo» rodando en unas barras de hierro laminado, paralelas, e Ibáñez, el radioperador, ayuda a llevarlo hasta el comedor de los guardianes del Campito donde lo acuestan sobre una mesa larga de formica blanca sin saber quién es pero lo oye balbucear «sangro, lucho...» entre la bilis de la boca. ¿Qué creen estos subversivos?, ¿se puede acaso jugar con la Tota?, piensa ella que es la clave de la operación, el síntoma, la quintacolumna afiliada del país, la que adivina el futuro por la congregación de gente en un lugar próximo a su puerta, afuera la fuente de abastecimientos doctrinarios de las fuerzas operativas, aunque un brazo le quede colgando al herido porque una bala se lo rompió entero. Respira. Respira sobre la formica blanca. No vas a levantar más el puño con este brazo le dice el Gordo Dos, jefe de los interrogadores mientras pide encarecido por radio al hospital de Campo de Mayo un médico. Respira el herido. Respira como haciendo algo que causa empacho. Respira avergonzado. Respira acometido por un sueño inclinado. Respira sin rabia, embarcado en su propia garganta. Y la respiración tiene algo a crustáceo de agua dulce, de los que viven libres formando parte del plancton. Respira, al parecer para vomitar tres palabras con un líquido que al Gordo Dos le parece bilis, algo verde, sangro lucho pervivo pero más bien el «sangro» es como una ranura guía sobre la que se desliza en una dirección determinada el «lucho, pervivo» a la manera de una puerta corrediza. El Gordo Dos, que es un intelectual o se lo tiene por tal o hubiera querido serlo y se lo respeta como el intelectual del Campo, con esa pronunciación delicada, incluso cuidando de articular los diptongos y sostener largamente las eses, mira al herido en los ojos cerrados en compadrazgo, como si hubiera contraído una afinidad con los padres de la criatura que está allí herida bajo sus ojos y fuera su padrino de confirmación, entonces le recita al prisionero desconocido del brazo roto y las tres palabras vomitadas en la prolongación lateral de una revolución llagada, abandonada de todos, sin sol, a deshora, quebrado el hilo por lo más ancho, le dice el Gordo Dos al herido como a todo aquel que llega a este «su palacio», le recita igualitario: «Acá perdiste; con que me digas el cien por ciento de lo que sabés no me voy a conformar, quiero el ciento diez...» le anticipa con voz gradual, académica del hambre y la sed que pasará, de cómo él los despedaza, de cómo le toca los finales del dolor, lo más puro y más fino y acendrado del último dolor que puede, porque hasta allí se le mete el dedo, el palo de amasar, el poste de la luz hasta oír toda la verdad en un ciento diez por ciento y se lo repite con voz de no mentir, de locutor de radio, la voz recia de una radio nacional, porque para eso pagan sus impuestos los ciudadanos entre ellos la vieja de Villa Martelli y el herido sobre la formica con el brazo colgando que aún respira. Entonces llega un tipo grandote chupando pipa tras unos grandes bigotes ahorcados por la ancha nariz, cariñosos sin embargo los bigotes. Es un médico traído urgente desde el hospital de la guarnición para ayudar en lo que debe ocurrir, un teniente coronel cargando sus buenos años en el arma, que no quiere mirar al Gordo Dos mientras este observa con su grupo de inteligencia completo reunido alrededor del subversivo del brazo colgante y las tres palabras colgantes, sangro lucho pervivo rociadas del líquido verde por la boca, observa el Gordo Dos entrar al abúlico. Le explican lo obvio al médico recién llegado, necesitan salvar al herido para poder torturarlo. Le aseguran, por decir algo obvio, que se esmerarán en la paciencia para hacerlo sufrir mientras el recién llegado, que es médico, lanza volutas de humo de delicado aroma achocolatado por la pipa. Lo repiten como sujetando fuertemente con trincas a un bote en el que viajan todos. El médico, que es médico, ajeno a lo que ocurre y sobre todo al herido, concentrado con su vista en el sabor del humo, como si estuviera más bien cuidando la salud de las brasas de su pipa, lo único importante y valedero aquí, sigue fumando con delectación mientras por la ventana ve cómo están bajando afuera a los muertos del operativo. Chupa la pipa pensando en Villa Gesell, en realidad en cómo le chupaba la vagina depilada a la pendeja depiladísima

que vaya a saber con quién estará cogiendo ahora, la va a matar a golpes si lo hace y cómo ella le mamaba la verga capaz de competir con la medicina, igualando el ancho de la boquita con el grosor compadecido del crédito y del otro lado la resaca de su mujer después de emborracharse cada noche, porque el alcohol es lo que más odia en su vida el coronel, que es médico, por eso debe rajarse a Villa Gesell donde le alquila depto bulín a una vieja de Villa Martelli, viuda de un Mayor suyo cuando él ya no era un pibe. La vieja sabe todo y lo cubre. Más de una vez su esposa llamó a Villa Martelli preguntando a esta viejita indemnizable con quién más su esposo usaba del depto alquilado y la otra, de fierro, respondía cuadrándose yo no sé señora, no me entrometo en la vida de mis inquilinos, su esposo es un hombre de bien, un buen médico que me pasa medicamentos sin cobrar y paga el alquiler el primero de cada mes, yo supongo que lleva a sus amigos a jugar cartas, usted sabe, los hombres de armas viven tensionados, sufren del país, necesitan una distracción. Solapada, la viejita ocultaba el cuerpo como en una trinchera. «¡Doctor salve al herido!» reclamaba humanitario el Gordo Dos mirándolo a los ojos que el médico huía extraviándose en la pendeja desnuda en una cama de espaldas, apenas inclinada el culito hacia arriba, esperándolo como en las imprentas los papeles ensuciados por el exceso de tinta, y él que ve al herido de lejos, tal que si fuera una mesa con los ojos dados vuelta y apenas respirando. «Hay que llevarlo a cirugía» sentencia ventanal, rebuscando desde la ventana y con la mente pliegues húmedos en esa guacha esperando desde los picitos hasta la boquita el salto grandilocuente del semen, «hay que llevarlo a cirugía» repite sin darse cuenta que es médico y por decir algo en vez de decir tomame en cuenta hija de puta te voy a matar, esparcimiento de orificios, alivio del chorro para entonces alguien ordenar al sargento Ibáñez que cree, que es el único pelotudo que cree en lo que se hace, traiga volando una ambulancia desde el Hospital Militar, rápido carajo se desespera el Gordo Dos caritativo, donde la única ambulancia es un modelo Ford cero kilómetro producida por créditos internacionales piensa Ibáñez que también lee los diarios y que estrenará Santucho, porque en el departamento de Villa Martelli los de investigaciones encuentran papeles, documentación verdadera y falsa hasta rápido circular la noticia sensacional en el Campito que se llena de coroneles, de gente importante que viene a ver al agonizante que es ¡Mario Roberto Santucho! nada menos, porque han identificado a los detenidos y uno, este del brazo colgante que oculta cautelosa, maliciosamente la saliva, la escorrentía santiagueña, el recto juicio íntimo de los deberes como un hijo de puta, piensa el Gordo Dos benéfico que lo ve partir en una camilla cero kilómetro de ambulancia sin estrenar conducida por Ibáñez, que será deshonoroso para él si llega a perder un cliente así, por favor cuidalo recomienda el Gordo Dos al pelotudo de Ibáñez, necesitamos que tenga suerte y parte a toda velocidad la ambulancia donde el herido muere apenas entrado al Hospital. Muere entre ficciones, simulando la redención. Muere expuesto a los rayos lunares. Muere coloidal. Muere hasta el mango. Está claro que no quería vivir más. Había visto demasiado y tan pronto. Había salvado muchas veces sus antebrazos y, en estas condiciones, no era justo sobrevivir una más. Muere con un chorro verde en la boca que dice pervivo sin ser oído por los coroneles. Momentos en que un tercer dirigente de la lista, Luis Mattini hablaba por teléfono al departamento del tano Menna, la casa de Venezuela 3149, con el nombre de guerra suyo pero contestaba del otro lado una voz desconocida de la guerra; llamaba entonces desde otro teléfono este tercero en la lista inventando un «Hola, habla don Luis» para que le contesten qué tal don Luis, lo estamos esperando o sea ya está, lo peor, piensa mientras circula con el auto por la Panamericana mirando hacia el edificio que tiene las ventanas totalmente abiertas con luz adentro. Se cayó todo. La doctrina filosófica cuya base es la omnipotencia e independencia de la razón humana se vino abajo sobre el materialismo histórico y este aplastó a la dialéctica hegeliana con las tesis abiertas, sangrando todavía más en eso de que la energía fundamental y dolorosa de la historia es la lucha de clases en tanto el auto se alejaba inevitable de la destrucción del capitalismo, la dictadura del

proletariado y, finalmente, del establecimiento del comunismo o sociedad sin clases cuyo programa sintético pasara por un ratito de la felicidad de Cristo, Mahoma también y Tupac Amaru y el Che por lo tanto sometiendo la escasez de esperanza a una distribución ordenada del pan. Morir al entrar al Hospital parece ser la última actitud moral del hombre que ya no pudo encontrar los ojos del número tres que se aleja con el auto por la Panamericana. Muere con los ojos cerrados y en la boca verde una palabra, entre piedras muere el santiagueño, con una hoja de acero entre los dientes. Muere estrechado, con el auxilio de la arena. Muere sin que se lo oiga, a lo coyuyo, verdoso amarillento, cabeza gruesa, ojos salientes, cuatro alas membranosas en la frente y, en el abdomen, ese aparato para producir el ruido más estridente y uniforme de la época, de esa siesta de julio también y muere porque los coyuyos sólo viven un verano. Muere sin que el Gordo Dos, intersticial, manejando las hendiduras de la máquina del dolor le hiciese la misma pregunta trescientas veces en un segundo verano: ¿qué sigue al ducentésimo nonagésimo nono?, decime qué sigue, necesito que me lo digas porque yo soy el lugar destinado a los jueces y por eso tu brazo quebrado en mil partes, me vas a respetar y reverenciar desde el brazo, te voy a hacer un agujero más grande en la boca y no voy a tener escrúpulos para introducirte allí cosas inconvenientes como arena, mierda, sal, algún pedazo del enemigo, la concha de tu madre, un derrame adentro hasta que hables, así que cuando el Gordo Dos recibe la noticia de la muerte del prisionero mayor, del gran traficante con ideas, pega un golpe con la frente sobre la pared, se abisma en la superficie del fracaso, traga como un pedazo de diente y, al sentir en la boca sangre, pasa el líquido al aparato digestivo con un sorbo largo de whisky ordinario que saca de su escritorio ordinario de metal rayado con un cortaplumas. Por eso la vieja Tota recibe atención médica esa misma tarde, fallas cardíacas por el estrés del tiroteo y la llevan al hospital militar de urgencia, por excepción, con los propios investigadores intercediendo porque ella fue la palanca y metáfora del operativo trascendental y su difunto marido un hombre de prestigio en el arma. Al entrar la vieja encamillada ve en la otra camilla a un hombre muerto pero sin cubrir con la sábana, no tiene sábana parece un muerto sin sábana, una vergüenza, y tiene un brazo caído como si estuviera cansado, ensangrentado entre militares, porque es incesante el desfile de coroneles que entran a ver el cadáver del guerrillero jefe del Ejército Revolucionario del Pueblo, por eso le izan la cabeza con una almohada, para verlo mejor como a Capercucita el lobo piensa la vieja que reconoce ahora al vecino y no sabe por qué la abandonan allí un rato al lado del vecino, camilla a camilla, como en una línea de largada mientras escucha «Es Santucho nomás» que refieren, «¿Este pedazo de mierda es Santucho?» pregunta uno al otro que sale sin mirarla siquiera a la Tota, y sargentea «¡Qué cagada lo necesitábamos vivo!» y se lo dice a la Tota confundida. Un pelotón de Mudanza sigue en el departamento de Villa Martelli al pelotón de Investigaciones, con la misión ya de saquear la casa de los secuestrados, traerse todo, alzar como el reich del Führer porque parece que esta vez arrancaron hasta las canillas y la tropa del Campito pudo repartirse botín como las montoneras en el campo de batalla después de la victoria sobre los muertos, de allí que a los medianamente altos les tocó mucho, y a los medianamente de mierda una mierda por ejemplo Ibáñez, al que le tocó una copa de cristal fina, algo que a él le dijeron pertenecía a Santucho y en cuanto Ibáñez la usó por primera vez perdía todo el líquido rápido y no había forma de encontrar el orificio, era una cachada, de lo que dedujo que a Santucho le gustaba, como a don Fulgencio el hombre que no tuvo infancia, cachar a los amigos. El sargento la conservó mucho tiempo para mostrarla a alguna gente, después se cansó y la tiró a la mierda. Por lo menos el sargento Ibáñez sabe una cosa mientras vuelve al Campito con la noticia del fiambre para pasarle el parte en la cara como una lija al Gordo Dos huérfano, porque una cosa es clara para él que cree en la Patria, no hay serafines en el Campito, tampoco él, estos espíritus bienaventurados que forman el primer coro, los ángeles con alas están sepultados a ocho metros de profundidad bajo tierra. Fue cuando la vieja, reconociendo en la otra

camilla al vecino de Villa Martelli, como con cara de no descansar el muerto, así lo vio con cara de no haber cenado, ni siquiera masticado el regojo del que hablaba su padre aragonés, ese pedacito de pan que sobraba en la mesa después de todos haberse tomado los caldos y pucheros, fue que a la vieja le entró el miedo a morir. Miedo a volver hacia atrás y encontrar a su marido. A retroceder para hallarlo con el puño cerrado sobre el ojo de ella tantas veces. No quería y empezó a gritar a algún enfermero que la saquen de este hospital, no quería regresar a la niñez tampoco junto al padre conduciendo mayoral el rebaño de ovejas de muchos dueños, con esa responsabilidad para varezar los animales y varezar las piernitas de ella a fin de apurar el tranco y la niña gritaba no, que no quería morir como una terrorista justo ahora que vivía tan bien sola, como jefe de una monarquía en su departamento propio de Villa Martelli, todos los impuestos al día, haciendo lo que se le bajaba la gana y reinando con la batidora china recién comprada para elaborar mayonesa de papa y comer remolachas hervidas que no podía comerlas con su marido, que las odiaba él porque les parecía un «pedazo de menstruación», pero tan ricas con mayonesa decía ella, amorcito. El muerto de la otra camilla le había guiñado un ojo, «vamos» le sugirió que te arrastro en la tabla que sirve para recoger la parva de la era, en la Banda de Santiago los años en que llueve mucho. La vieja ignoraba, en su desesperación a morir, que gracias a ella en el operativo mataron al otro histórico de la dirección guerrillera, Benito Urteaga sin los hermosos bigotes, sin letra de bandoneón, sin, el que llegó con su hijito comiendo el chupetín sin gusto, violeta la bolita, como una piedra preciosa sin gusto, y al ver la sala reunida se atrevió a un chiste para reponerse, para abrazar más a su hijito que chupaba la amargura lejana del dulce «¡Che, una alemana, el tano que no está, yo el vasco y Robi Santiagueño! ¿Pero dónde están los argentinos en este país?», y además cayó La Alemana Delfino y otros más de la cúpula, pero a Menna lo agarraron en una estación de ferrocarril en una cita encorvada, con los dedos gruesos de una delación y las uñas fuertes metidas en su boca, porque el tano alguna vez había estudiado medicina en Córdoba, salvado a un compañero comunista que cayó herido en las batallas del 66 en el barrio Clínicas y estado con la muerte llorando a Santiago Pampillón entonces, repartiendo incansable, a lo remolino El Combatiente, intentó Menna liberar en el 69 de una comisaría tucumana a Robi, sin éxito, pero en el V Congreso del partido en otro julio lejano como a mil millones de kilómetros del año 70 estuvo fundando el errepe para caer preso y torturado y trasladado a Rawson donde organizó la fuga con Marquitos Osatinsky y esa cara de nene, y Quieto también de las Far, el montonero Pujadas, Robi por supuesto, para desembarcar prófugos al Chile de Salvador Allende, volando a Cuba y regresando el 29 de mayo del 73 para estar en la tribuna con Tosco y el presidente Osvaldo Dorticós en un acto celebratorio del Cordobazo gigante, con cola de paloma, con colisión de ideas e intereses, con llegada a un punto que, razonablemente, no se puede esperar, no se puede superar, como si la vida estuviera colmada tal como reconocieran esta mañana, antes de dejar la casa, los ojos de Robi, pastosos, con poco volumen y sobresaliendo por encima de los bordes la negación de la negación, colmado se diría o sea que había que sacarlo del país a Robi, no daba más este hombre, pensó Menna, como si estuviera no preocupado por él sino por otra cosa indefinible mientras repetía su gesto de golpear los nudillos de la mano de uno en uno, ametrallados contra la mesa, los nudillos, apartando la brújula de su vida hacia el sur, precisamente donde los vientos reinantes llevaron a Robi a discutir con el Tano en una siesta así de espléndida de julio ¿por qué la represión se devora a los nobles?, tanto que cuando lo maniataron hoy a Menna como a animal entre cuatro en la estación ferroviaria, alcanzó a decir a Robi que no estaba o creyó se lo decía, «¡hasta el valle de Josafat hermano!» o debió decírselo para entenderse dos personas que no esperan volver a verse más en esta vida, así son los valles en los antiguos textos, impredecibles y a él, nacido en Italia, lo torturaron días y días sin lograr que hable una palabra, lo torturaron en el Campito meses y meses en los que no hablaba y para el sargento Ibáñez era un caso increíble, el Gordo Dos, introverso, estaba

fuera de control, no le había tocado un ejemplo tan exquisito y trabajoso en su vida, pero tenía tiempo, se lo explicaba en cuanto aparecía la lucidez en el guerrillero, así que ordenaba dejarle la picana automática enganchada mientras se iban a comer, es que el equipo perdía peso con tanto trabajo inútil y cada día la automática, meses hasta que empezaron a tenerle respeto y eso fue una afrenta para el Gordo Dos, parece que lloró a un costado, a escondidas, pobre tipo se lamentó el sargento Ibáñez, tan hijo de puta y con tan mala leche, no se bancaba un prisionero así el Gordo Dos seborreico, empezaban a perderle respeto y lo llamaban en chiste «Gordo Basura», pero él como intelectual de la guerra sabía que los chistes esconden verdades serias. De noche lo hacían traer a Menna y lo torturaba solo, decí algo, aunque sea tu nombre, no me digas que sos mudo porque es mentira, ya lo agarramos a Merbilhá, el del piso de abajo, hablá un poquito, hacé de cuenta que soy tu viejo y quiero que me expliques la cuadratura del círculo subversivo, hablá, sabés que tenés que hablar tarde o temprano, mirá la hora que es, como las tres de la mañana ¿a vos te parece?, mañana me tengo que levantar temprano, tengo derechos o no? ¿o vos creés que no tengo familia?, la familia es lo más importante y después la Patria y después la guita, tengo chicos que mandar a colegios privados, ¿sabés cuánto cobra un colegio de San Isidro?, no, vos no estás en condiciones de mandar nada ¿y querías así ser presidente?, decíme «Papá quiero contártelo todo» y si hablás te doy mañana un descanso, ¿no te hubiera gustado ser de nosotros?, tenés trabajo asegurado, vacaciones, jubilación, una vida decente, lo único que tenés que decir es «Papá quiero ser y contártelo todo», y el Gordo Dos llegó a confesarle reticular «yo también amo», una noche, solo los tres, el tercero era la máquina, silenciando no obstante que tenía que agasajar y mantener a un chico secundario de quince años con el que estaba saliendo en los días libres. Era su amor. Casi trece. Con el tiempo se cansaron de Menna y lo mataron. Como a los demás. Fue cuando el general Bussi, el pintón, el galán de cine loco, tomó la dirección del Comando, porque venía de ser el héroe de Tucumán, el más hijo de puta de los héroes del Ejército, así se lo conceptuaba en los expedientes, horizontal, organizacional, algebraico con cantidades irracionales, llevaba siempre en un bolsillo algún ornamento sagrado de la guerra contra la subversión como en el pecho de un sumo sacerdote de la ley antigua el paño como de una tercia en cuadro, tejido de oro, púrpura y lino finísimo, más cuatro sortijas en los cuatro ángulos, en medio cuatro órdenes de piedras preciosas y cada uno, de a tres, grabados los nombres de las doce tribus, porque se creía salido del Antiguo Testamento de manera que ordenó se construyera en un sector de Campo de Mayo el Museo de la Subversión, porque ese día llevaba en el bolsillo una bala recordatoria, la que él había disparado en la nuca de un prisionero sugestivo en Tucumán y la bala como una uva inmaterial, insinuando la poca esperanza de su logro, salió por el ojo de la chica desnuda y la dejó ciega y viva, se arrodilló incluso ella, dio contra la pared la uva y cayó sin fuerza, como si tuviera conciencia, él la levantó a la uva y le habló al fantasma arrodillado de ese lugar lleno de sangre ponderando la dificultad o trabajo que ha de costar a uno concluir justamente una cosa, así que él acarició la uva con los dedos y perdonó a la subversiva la vida pero se quedó allí hasta verla caer muerta como una maseta la cabeza contra la losa de una catedral. Le apasionaban los museos. Lo llamaban «el loco de los museos» y había creado otro idéntico en Tucumán o parecido porque allí podía guardar colecciones de objetos artísticos, científicos y de cualquier tipo de la guerra contra el enemigo apátrida, en general con valores que él consideraba culturales, convenientemente expuestos para que fuesen examinados por la posteridad como libros, panfletos, objetos y armas incautadas junto a escenas que mostrarán, en este caso concreto en Campo de Mayo, la selva y sus campamentos mediante maniqués con cabezas de cera vestidos según el caso, para lo cual trajo arquitectos y diseñadores que él sabía fueron zurdos hace unos meses pero ahora eran quebrados, rotos desde adentro, violados en el alma por ellos mismos, suavizados hasta la servidumbre y deslustrados en la tez –él los reconocía así– lloraban porque él les sonriera, les moderara aunque sea un segundo el

gesto, entonces lo amaban y le chuparían la verga si él no tuviera tantas cosas que hacer. Pero en este museo de cera no estaría el maniquí de Santucho, porque puso al Santucho verdadero. Momificado. Conservado durante dos años y parece que era cuestión –se oyó entre la tropa– de meterle inyecciones e inyecciones de cianuro que mata todo, hasta el último germen o bacteria extermina, algo así hicieron, lo bañaron en cianuro, le dieron de beber al cadáver baldes de cianuro, lo hincharon con cianuro como para matar una ciudad entera, porque para todo había plata que llegaba con los préstamos internacionales, sobre todo para cosas así. El general Bussi, mirándose al espejo, quedó satisfecho. Más, estaba chocho con su momia. Le gustaban las cosas bien hechas. Era obsesivo por el perfeccionismo: si se arma la escena de una reunión guerrillera donde debe estar Santucho, lo ponemos en persona. Tenía una uña rota y al brazo se lo arreglaron con algún hierro por debajo. El museo estaba en un lugar chiquitito, inoperable para multitudes sin embargo. Basureó a oficiales el General por no tener salones de piso de mármol como en los verdaderos museos, así que tuvo que usar lo que antes fuera la vivienda del intendente de la guarnición, un milico al que echaron hacía mucho tiempo por robarse toneladas de madera de la carpintería que estaba al lado. Se veía desfilar cada mañana a oficiales, suboficiales y soldados destacados que terminaban la marcha en la puerta del museo donde Santucho, sentado, sin reírse, en bancarrota pensaba el sargento Ibáñez, miraba a sus enemigos superiorizados, traspasado por la vergüenza, desalentado seguro, pero sin repartirse lástimas ni conmiseraciones unos al otro, porque la momia sentada, sin gratificación no esperaba tampoco obtener parte del *bordereaux* por las entradas. En un terraplén al lado del museo cada mañana las tropas rendían honores al General vencedor de Tucumán y de los espejos, que los arengaba «Hay que aniquilar al enemigo apátrida, cobarde y solapado», que ya estaba posiblemente aniquilado y así cada día. Una vez el coronel Fernando Verplaetsen, lector de Borges, los re-arengó: «Cristo ha muerto en Tucumán» seguido de una pausa larga donde este mismo coronel se preguntó lo que nadie tenía una mierda de ganas de preguntarse y la tropa lo miraba al tipo como salido del tren fantasma, «¿Cómo que Cristo murió en Tucumán?», inquirió el mismo coronel abriendo los ojos como de sapo y pausa todavía más extensa, inacabable para la tropa reunida delante, proverbialmente pensando en cualquier otra cosa, «Así es, hemos descubierto en un campamento de los Montoneros en Tucumán una estampita de Cristo, vestido de guerrillero y fusil. ¡A ese Cristo lo matamos!», incordió sacando coronelístico borgeano creía la estampita del bolsillo que pasó al primero de los soldados de la fila para que el pelotón certificara enteramente con la vista cómo el Ejército Argentino acabó con el Cristo apátrida, cobarde y solapado. Era un sitio molesto y húmedo donde el General de los museos hizo reproducir el cuadro de una cárcel del pueblo y, personalmente, se ocupó de acomodar en el sótano, oculto por una losa que se abría con sistema mecánico, los objetos recuperados del departamento de Villa Martelli y el estilo de vivienda donde se halló lo que ahora era una momia más la ropa, cartas, documentos de identidad falsos, pelucas estilo Marco Aurelio y bigotes postizos, un espejo que se hubiera quedado él, pasajes de avión con los que la momia debía salir del país justo al día siguiente de la maravillosa percepción de la vieja que rezaba noche y día, arrepentida, con una hernia de disco que le dolía como un disco de hierro oxidado en la espalda, más el frasquito de la Cirulaxia en la mesita de luz pero sabiendo que este demonio que ella viera con el brazo muerto a la entrada del hospital se vengaría tarde o temprano con ella, estaba claro como lo que el César ponía por escrito, por eso rezaba y rezaba sin detenerse, porque se lo contó un sobrino del arma, que era Santucho el que ella descubrió, al que se lo bajó al subsuelo inexplicable, sin informes previos sobre si el tipo aceptaba el exponerse dijo el sobrino, y lo sentaron en una silla con la ropa que tenía puesta el día de la muerte, previo lavado y planchado porque al General no le gustaba la mugre, bastante mugre es el país, repetía, pero le colocaron la camisa con las manchas de sangre originales porque esa parte no fue lavada ni planchada mientras todos se preguntaban cómo

podieron hacer tanto malabarismo quid pro quo. Los coroneles y obsecuentes estuvieron en el museo de cera, hasta el último a reconocerse victoriosos. Todos querían desfilar ante la memoria enemiga y algunos se cuadraban con el grito «¡Viva la Patria!». La momia permanecía sentada, como si elucubrara un próximo salto de las masas. Desgraciadamente para el General estaba con los ojos cerrados, lo cual, dijo, le quita parte de su «viveza». La momia tenía algo a una partecita del estambre de las flores secas, ese saquito sencillo en donde se produce y guarda el polen, pero en este caso vaya a saber en qué estado los granos. La vieja se descompuso feo en esos días. Tenía pesadillas repletas como que la momia se paraba, levantaba los brazos como un sonámbulo y se venía por ella, para acogerla en nombre de la revolución como a una gallina, con la fuerza adicional que suelen tener las momias en estos casos. Se abría la tierra y, por la abertura, bajaba la vieja arrastrada, resbalando con el agua de la lluvia de la selva hasta perderse abajo menoscabada en el agujero negro del sistema solar, acompañada siempre por la momia que quería violarla un poco, un poquito decía nada más antes de estrangularla. Se excedió en los rezos la vieja y una noche quiso tirarse del balcón hacia la calle Venezuela desde el cuarto piso A, su departamento pegado al B en que muriera el capitán Leonetti como héroe dijeron unos y otros que como pelotudo, casa del secuestrado y testarudo italiano Domingo Menna de veintinueve años, secretario de organización del PRT y de su esposa Ana María Lanzillotto, embarazada de ocho meses con su hijo robado de la bañadera próxima a Jesús, el del vientre, por los hombres del Gordo Dos hasta el día de hoy.\*

\*El pequeño hijo Ramiro de Ana María Lanzillotto, riojana como su hermana melliza María Cristina después secuestrada, fue encontrado por la familia en una comisaría de San Martín. Al por nacer, no se lo halló. Su hermana María Cristina, escribana, y su esposo, ambos del ERP, fueron detenidos en Pergamino, provincia de Buenos Aires. Ella fue vista por última vez en el CCD «El Vesubio». Los dos niños de esta pareja serían abandonados en una Parroquia de Fisherton, provincia de Santa Fe. Una mujer de barrio los cuidó hasta marzo de 1977, cuando los recuperaron los abuelos y la rescatadora permanece hasta hoy como madrina.

«Capitán Juan Carlos Leonetti» es el nombre que dió el general Bussi al museo de cera por él inaugurado donde alguien demente o suicida –conociéndolo al General–, pegó un chicle en la cabeza del guerrillero momificado.

A finales de los años 90 se allanó el Hospital Militar de Campo de Mayo, y en el libro de «nacimientos» se vio el registro del parto clandestino realizado a Ana María Lanzillotto.

El hijo de Urteaga, de tres años, el del chupetín violeta, fue rescatado por la familia y pasó a vivir con la abuela, el tío (hermano de Urteaga) y tía (esposa del hermano de Urteaga) en un departamento de Capital Federal adonde entró el Ejército y, después de destruirlo todo, se los llevaron a los cuatro, incluido el niño. Este y su abuela, secuestrados, fueron liberados al día siguiente. El tío pasó varios años en la cárcel.

Al día siguiente de los hechos de Villa Martelli, 20 de julio, el diario *La Razón* «informaba» lo que el Ejército le «informaba» luego de que la «información» fuese establecida por los «servicios de información» de las fuerzas militares conjuntas o sea que esto era la prensa:

La hora decisiva. Con los datos acumulados, la maquinaria de los organismos de seguridad prosiguió su marcha actuando en base a pistas firmes, y en la seguridad que se acercaba la «hora 0» para la subversión [...]. Aproximadamente a las 14:30 horas se inició el asalto al edificio ingresando en él varias patrullas encabezadas por el capitán Juan Carlos Leonetti. Este militar llamó a la puerta de uno de los departamentos, siendo atendido por una mujer que, al darse cuenta de quién

se trataba, alertó a varios individuos que estaban en su interior. Mientras la mujer retrocedía y se parapetaba tras la puerta, sus compañeros abrían nutrido fuego contra los efectivos. Las primeras descargas tomaron de lleno al capitán Leonetti que se desplomó sin vida. La reacción de los efectivos fue instantánea y la agresión respondida enérgicamente. Entablose así un furioso tiroteo, en el cual se utilizaron armas de grueso calibre. Finalmente el fuego de los agresores pudo ser acallado y cuando las fuerzas del orden ingresaron a la vivienda hallaron los cadáveres de por lo menos siete extremistas, entre los cuales figuraba Santucho y Urteaga [...]. Mario Roberto Santucho, un contador público nacional que abandonó las tranquilas columnas del «Debe y Haber» para convertirse en un feroz terrorista, cayó ayer en su ley [...]. José Benito Urteaga, de treinta y un años, alcanzó notoriedad al participar con otros extremistas en el asalto perpetrado en 1970 contra la sucursal 9 de Julio del Banco Comercial del Norte, en Tucumán, donde los irregulares obtuvieron un botín de \$20 000 000 [...].

Juan Carlos Leonetti, ascendido a Mayor *post mortem*, se llama también la escuela de Misiones No. 604, que en 2005 es la primera bilingüe español-portugués en el país y donde los chicos pegan los chicles en los bancos, cuadernos y donde sea, preferiblemente placas de bronce, como la que celebra su nombre. **C**

RAÚL MARTÍNEZ:  
revista, 1969



HOLLANS, LABORDE y JORDI,  
a partir de una portada de *Social*,  
de CONRADO MASSAGUER  
(década del 30):  
revista, 1981



OSMANY TORRES  
(imagen de DUPP):  
revista, 2003